

Tommaso Pincio y el mundo de papel

Franco Zangrilli

City University, Nueva York
Franco.Zangrilli@baruch.cuny.edu

Artículo recibido el 30/011/2015, aceptado el 15/02/2016 y publicado el 15/07/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: Ottavio Tondi, el protagonista de la última novela de Tommaso Pincio, *Panorama* (NN Editore, 2015), ejerce como consultor literario de prestigiosas editoriales. Persona aislada, epítome del intelectual-escritor capaz de ver su propia crisis y, especialmente, la crisis del momento histórico en que vive, se debate entre una distante relación con una mujer, Ligeia, a la que no conoce personalmente, y su resignado rechazo a la vida en sociedad, intentando mantenerse, cual nuevo Don Quijote, como “lector puro”. Crítica a los escritores de moda, a esos divos vanidosos y egoístas siempre en el centro de los medios de comunicación, la narración planea a partir multitud de temas que van desde la reflexión de la lectura como ritual mítico, íntimo y sagrado; hasta los límites de la traducción, pasando por una incisiva sátira sobre la situación del periodismo en los medios de comunicación de masas o la condición misma de la decadente sociedad misma, en manos de una tecnología alienante e impersonal que ha cambiado las relaciones personales por meros contactos a través de redes sociales.

Palabras clave: Tommaso Pincio, *Panorama*, realidad, crítica social, narración

]

ABSTRACT: *Ottavio Tondi, the main character of Tommaso Pincio's last novel, Panorama (NN Editore, 2015), works as a literary consultant for influential publishing houses. Described as an isolated person, epitome of the intellectual-writer able to see his own crisis and, so far, the crisis of his historic moment, Ottavio oscillates between the distant relationship with a woman, Ligeia, whom he doesn't know in person, and his resigned rejection of life in society, trying to remain, as a new Don Quixote, as a “pure reader”. Offering a critical view of trending writers, of those vain and egoistic “divos” always in the heart of mass media, the novel builds up a very large number of topics, such as the reflection about reading considered as a mythic, intimate and sacred ritual, as well as the limits of translation, an incisive satire of the nowadays journalism or the condition of our decadent society, in the hands of an alienating and impersonal technology that have finally changed personal relationships through the use of online social networking services.*

Keywords: *Tommaso Pincio, Panorama, reality, social criticism, narration*

La fantasía se le llenó de todo aquello que leía en los libros [...]; y se le metió en la cabeza hasta tal punto que toda aquella máquina de imaginarias invenciones que leía, fueran verdad, que para él no existía en el mundo otra historia más cierta. (Cervantes, 1957, p. 31).

No se puede estar lo suficientemente solo cuando se lee, y no se puede tener el suficiente silencio alrededor y la noche nunca es suficiente noche. Se lee solo, e incluso cuando no se lee, si se está consagrado a la literatura, la cabeza, empeñada en vivir en los libros, desconecta de todo. (Pincio, 2015b, p.92)¹.

En los últimos tiempos, una serie de escritores postmodernos han dado vida a novelas con personajes singulares basadas en la temática del arte de escribir. Un ejemplo podría ser la novela de Aldo Putignano, *Social zoo*, que representa a un escritor frente a un texto el cual, de forma pirandelliana, no deja extenderse y a sus personajes incontrolables, incluso cuando se encuentran en diferentes ambientes de Nápoles. O la novela de Herick Mutarelli, *Il cuore contromano*, en torno a un periodista torturado por el sueño de no poder escribir obras, primero de poesía y luego narrativas, y que busca su inspiración en una exnovia fantasma. Son dos novelas que afrontan los problemas de la escritura experimentando a nivel narrativo, estructural y estilístico, y que despliegan un autobiografismo camuflado de varias formas hasta el punto que se incorpora en escenas de realismo mágico².

Tenía razón Octavio Paz cuando decía que los escritores no necesitaban biografías: sus obras son su biografía. Esto también se aplica a las novelas y relatos de Tommaso Pincio, los cuales, en definitiva, devuelven esencialmente una autobiografía alterada, multicolor, fantástica. Se trata de una autobiografía que se enriquece con *Panorama*, centrada en mostrar un nuevo aspecto de la intrincada personalidad del Pincio hombre-escritor.

Ambientada en Roma, la novela se extiende con una prosa nítida, incisiva, fluida; basada en una sintaxis simple y un lenguaje genuino que tiene la magia de tejer alusiones, filosofías, complejidades de diversa índole; y que, además del tono lírico, despliega un sabor discursivo y reflexivo, analítico y ensayístico. Se compone de nueve capítulos numerados; excepto el noveno, cada capítulo contiene un epígrafe extrapolado de los cuadernos de “apuntes” del protagonista.

Aunque da la impresión de desarrollarse linealmente, *Panorama* se vale de las técnicas cinematográficas que comienzan a exponer desde el final y conducen al presente cerrando la estructura circular; de forma que, además de construir en fragmentos, van hacia delante y hacia atrás, dejan y retoman ideas, acciones, figuras, pero sobre todo abarcan la vida del protagonista, conduciéndonos por diferentes tipos de digresiones, de divagaciones y de elucubraciones. Hace uso de la variación de los tiempos verbales, del desplazamiento de los planos narrativos, del relato dentro del relato; de la inclusión de la carta, del fragmento periodístico, de la comunicación de los medios sociales; de las citas indirectas y directas de las obras de escritores que adora (Borges, Buzzati, Pavese, Manganelli, etc.); y de otros

¹ De ahora en adelante el número de la página del texto se referirá a la edición de este libro.

² Para más información respecto a estas dos novelas véanse mis dos ensayos *Putignano e il puzzle della scrittura* (Zangrilli, 2011) y *Mutarelli e i racconti d’esordio* (Zangrilli, 2015b).

medios narrativos eficaces incluso a la hora de desvelar la huella unas veces hamletiana, otras dostoevskiana o kafkiana, por no hablar de la reescritura de Poe. Narrada en primera o tercera persona, la novela resalta a un Pincio deseoso de intervenir para tejer sugerencias, comentarios, exégesis, incluso sobre cuestiones estéticas. Pincio se muestra como un escritor intradiegetico y heterodiegetico; un escritor que crea una pluralidad de *alter ego*, se refleja y se identifica con personajes principales y secundarios de la acción, dispuesto, por consiguiente, a acoger consecuencias ontológicas; un escritor completamente decidido a centrarse de forma narcisista en su autobiografía de *lector*, la cual pretende ser una metáfora de la literatura y de la escritura, y, en general, del discurso meta-artístico.

Si bien la figura del lector ha contado con una amplia representación en la literatura contemporánea, de *Mondo di carta* y *Una Voce* de Pirandello a *Avventura di un lettore* y *Se una notte d'inverno un viaggiatore* de Calvino, de los relatos fantásticos de Landolfi (*La lettura*, *Grazia di Dio*, *Sogni proibiti*, etc.) a los de Tabucchi (*Viaggi e altri viaggi*, *Racconto dell'uomo di carta*, *Gli archivi di Macao*, etc.)³, en *Panorama* se presenta a un lector totalmente particular. Ottavio Tondi, protagonista que corresponde a otra máscara de Pincio, nos acompaña para visitar su biblioteca, que es la de su creador y que en ciertos aspectos se muestra como una “biblioteca de Babel”; nos guía hacia sus libros más amados, leídos y releídos, incluso mientras está comiendo en la mesa; nos enseña cómo practica él la religión de la literatura, cómo se siente consagrado al mundo de los libros. En efecto, la literatura pinciana se nutre abundantemente de los módulos descriptivos, hiperbólicos, caricaturescos, repetitivos, para presentar el perfil del Ottavio que no sabe “hacer nada, salvo leer” (p. 117): metáfora directa del Pincio que vive para escribir y escribe para vivir.

Además de haber sido siempre un lector omnívoro, Ottavio (Pincio) es un cincuentaño enamorado de una joven de veinte años, un *topos* de la literatura contemporánea, como prueba de ello la novela *La tregua* de Mario Benedetti. Pero Ligeia, una clara reminiscencia de la protagonista del relato homónimo de Poe, y Ottavio no se ven nunca, se comunican solo por internet, sobre todo por la red social de “Panorama” y también con deslumbrantes mensajes cortos. Se presenta a un Ottavio absorto fantaseando con las fotos que recibe, embrujado por la luz de su mirada, “ímpetuosa y alocada”. Las fotos forman el recipiente de la memoria de Ottavio, quien alimenta la obsesión, la inquietud, la fantasía. Cuanto más se enciende en Ottavio la imaginación de esta mujer sibilina, más arraiga en él la melancolía y la depresión: problemas que hacen mella en la personalidad de un ser extraordinario dedicado totalmente a la lectura en una sociedad en la que ya nadie lee, y en la que si la gente compra libros, es tan solo para adornar la casa, para que se les considere lectores y parecer cultos. Y mientras que Pincio sigue empeñado en su extraña relación virtual, se enfatiza la descripción de un Ottavio bibliófilo desequilibrado que vive en una casa desordenada que aparece como una especie de inmensa biblioteca al estilo de Borges: “capas de polvo que velaban los libros y evidentemente también en los propios libros [...], tapizaban las paredes los libros más valiosos, las rarezas de coleccionista” (p. 17).

Si Ottavio es el paradigma de marginado que se busca a sí mismo y el sentido de la vida a través de las novelas de Dostoevski, de Kafka, de numerosos escritores predilectos de su creador, a través de la literatura que es el espejo de nosotros, de lo que somos y de lo que deseamos, Ligeia es la representación de la meta inalcanzable, del sueño imposible de obtener, de la lejana “luna” que hechiza e inspira. En muchos sentidos Ligeia es un arquetipo renovado de la quimera de la poesía, de la literatura, y un símbolo del semblante de Ottavio, ya que también ella es una voraz lectora. Ambos están sujetos al juego de la

³ Para más información respecto a estos dos últimos escritores véanse mis *textos L'oscura foresta. Simboli del fantástico in Landolfi* (Zangrilli, 2013) y *Dietro la maschera della scrittura. Antonio Tabucchi* (Zangrilli, 2015a).

pluma bizarra de Pincio, frecuentemente ocupada en reforzar un relato que se vuelve elíptico y dividido, que afirma algo y dice lo contrario, que anticipa y pospone. Todo ello se muestra paradójico con ese Ottavio que, por una parte, representa a alguien comprometido con tomar “apuntes” incluso antes de ir a dormir, y, por otra, se muestra como un “puro lector” ajeno al cultivo de la ambición de escribir: “revindicaba con orgullo el no haber escrito nunca nada [...], cuando la lectura, de pasión penetrante, se convirtió para él en una profesión, se deshizo de todos los instrumentos de escritura” (p. 26). Pero el rechazo aparente a la escritura de Ottavio le interesa a Pincio no solo para narrar con los recursos de la incongruencia y de la ambigüedad, de la extravagancia y de la anormalidad, sino también para esbozar el autorretrato de individuo con una memoria férrea (“las cosas que tenía que recordar simplemente las recordaba”), consciente de pertenecer a otra esfera, al mundo ajeno de los libros y de quien se desahoga también con la escritura de un diario: “solo los adquiriría, esparciéndolos luego por la casa [...] Con el tiempo empezó a comprar también lápices y bolígrafos [...], *Memorias de las cosas leídas*, descarnado diario retrospectivo en el cual apuntaba sus recuerdos de lector” (pp. 27-28). Durante los cuatro años de relación virtual entre Ottavio y Ligeia, él anota los modos en los que la imagina, incluso como una musa erótica que metafóricamente se refiere a la índole de Pincio hechizado por la sensualidad de la palabra; él anota todo en sus diarios, dando vida así a un “único riesgo en la escritura” (p. 28).

Ottavio representa al intelectual-escritor que, mientras refuerza su fe en la palabra escrita, ve su misma crisis, especialmente porque vive en un momento histórico entregado a cambios vertiginosos, en el cual domina la cultura de la imagen visual y de la comunicación *flash*, promovida por el poder de las nuevas tecnologías, por los cada vez más nuevos y sofisticados programas de Internet y los móviles con teclados diminutos, canales informativos y sistemas digitales que permiten ver en tiempo real cualquier película o documental deseado y cualquier programa televisivo del planeta incluso en un reloj de pulsera. Ottavio representa el yo de su creador desdoblado entre el pasado y el presente, en busca de la seguridad y del orden en una sociedad caótica, el drama de quien busca renovarse o de quien es presionado para que siga los pasos de los tiempos actuales: “un hombre abstraído de su tiempo, que ha permanecido abrazado a la palabra impresa hasta que ha podido, emigrado al mundo de las pantallas solo cuando las circunstancias se lo han impuesto [...] Los libros en los que había vivido los mejores años y la pantalla a través de la cual se comunicaba con su Ligeia estaban separados por un abismo” (p. 29). Irguiéndose como una figura en crisis en una sociedad postmoderna, oasis del pensamiento débil, de la cultura superficial y decadente, Ottavio siente el extrañamiento, el despego respecto a las nuevas formas de escritura digital y los medios sociales; si las usa es porque le invade el terrible temor de que la escritura como él la había entendido siempre “estaba muerta y enterrada” y porque siente la imperiosa necesidad de comunicarse, de poder escribir y así estar en contacto con su diosa Ligeia, una imagen simbólica que incorpora los aspectos infinitos y misteriosos de la literatura. Los mensajes que Ottavio le envía también alimentan su ilusión de pasar a la “posteridad”: “escribir sobre todo por las respuestas de ella, para que Ligeia le escribiera a su vez y el pudiera seguir leyendo sus palabras, imaginando el sonido de su voz” (p. 30).

El juego de los desdoblamientos y reflejos de Pincio se intensifican con la Ligeia lectora que, mientras pone en guardia a Ottavio, se convierte en su alma literaria y en la de Pincio, a marced de pensamientos vividos y sentimientos no inmunes al carácter antinómico “Cuando Ligeia rebatió que no se puede reducir la literatura a un vulgar chisme, Tondi le dio la razón. No se debe reducir a eso, le escribió. No se debe porque no es necesario, porque la literatura es precisamente eso, un chisme. En ti está establecer si es vulgar y cuánto [...] Nada más se asemeja a las cosas que nombra que las palabras, sin embargo, ¿qué es concretamente una

palabra?” (p. 33); y con Ottavio, que, mientras le habla de una novela que ha leído él, se convierte en la voz del Pincio a veces crítico, a veces humorístico, otras veces fantástico, que siembra declaraciones autorreferenciales, intertextuales y de metaescritura: “una novela, ¿no es quizás como hurgar en un cajón que no nos pertenece? Y el denominado narrador omnisciente, esa entidad que se cuela en todas partes y, sin verlo nadie, ve y escucha todo lo que haya que ver y escuchar, ¿no es quizás el mayor de los indiscretos? Piénsalo, Ligeia [...], la literatura existe principalmente por una razón, para satisfacer el innato deseo de echar un vistazo y fisgonear en la vida de los demás” (pp. 33-34), quizás una reminiscencia de Landolfi.

Como Landolfi y tantos escritores del Romanticismo en adelante, también Pincio parece que no consigue conciliar las eternas problemáticas del oficio del literato, entre las que destaca la idea de si la vida se vive o se escribe⁴, y aquí la imagen de Ottavio ejerce de espejo que refleja otro espectro de su enigmático creador: “Yo mismo, en aquel momento, leyendo por primera vez aquellos mensajes, me quedé consternado [...] El verdadero conocimiento no estaba hecho de papel sino de vida experimentada, un tipo de vida del cual Tondi, sin duda, se había alejado. ¿Y aun así, quién era yo para criticarlo?” (p. 35).

Jugando también con la reescritura de las paradojas de Borges, Pincio presenta un Ottavio lector que es un pez fuera del agua en una sociedad materialista. Recalca que es un extraordinario lector de joven. Pero al alegre cómico se le ocurre diseñar un adolescente que va asiduamente a las librerías romanas hasta tal punto que parece que vive allí, como si fueran su habitación, y que conoce minuciosamente las estanterías; de forma que los clientes en vez de pedir ayuda a los empleados para encontrar un libro, se dirigen a Ottavio, mucho más experto y eficiente que ellos. Y luego, trabajando como lector para una importante editorial italiana, descubre a relevantes novelistas y de gran éxito. Se le ve trabajar con total capacidad de decisión sobre las obras que se publican, sobre hacer realidad o no los sueños, con el olfato de un crítico serio y perspicaz, y con el espíritu cortés del Pincio fustigador:

Muchos de los manuscritos que le pasaba el director de la editorial eran obscenos, quitaban las ganas de leer, pero ni siquiera de esto se lamentaba. Un trabajo es un trabajo, no algo divertido, se decía. Además, incluso en los peores manuscritos conseguía encontrar algo salvable, algo que le daba que pensar. Siempre merece la pena leer, se decía. Era agradable individualizar los puntos débiles de un texto, preguntarse si sería posible extraer algo decente y de qué forma [...] Le gustaba pensar que, un día, uno de aquellos manuscritos se publicaría porque él lo había leído y elegido entre un millar. Saber que en cada uno de aquellos manuscritos, por lo general pedestres e indignos de publicar, reposaban los sueños de un aspirante a escritor le hacía sentir un dios o algo similar a un dios. En efecto, ¿hay algo más divino que poder decidir sobre los sueños de los demás? (pp. 64-65)

Pincio se divierte explotando esta situación. No solo porque saca a colación la imagen de algún que otro crítico que trunca el descubrimiento hecho por Ottavio de ciertos escritores como Gloria Stupenda, sino también porque muchos creen que el mismo Pincio se esconde detrás de la firma del pseudónimo de Gloria Stupenda. A partir de aquí la escritura pinciana, cada vez más entre tonos de ironía sarcástica y desacralizada, da lugar a una dura crítica al mundo de los escritores, como ya habían hecho escritores contemporáneos como Pirandello

⁴ Al contrario que los escritores divididos entre la vida mundana y la vida literaria, como D’Annunzio, Pirandello (1973), siente que “la vida o se vive o se escribe” (p. 1057) y que cuando se escribe sobre ella o se vive no se ve, una filosofía ampliamente compartida por Tabucchi (2011, pp. 163-180), hasta llegar a construir el relato *Vivere o registrare*.

en su metanovela *Suo Marito*, que escriben para el éxito, que se muestran indiferentes hacia el público lector, que asumen el papel de divos y de la ostentada sabiduría, siempre en el centro de los medios de comunicación dando vida a una fábula de vanidad y de egoísmos: “Los focos siempre están puestos hacia los escritores. De ellos se habla en las páginas culturales, son ellos los entrevistados, es a ellos a los que se les pide la opinión sobre cualquier cosa, a pesar de que no sepan ni siquiera por qué escriben lo que escriben. [...] El público no va al teatro para ver un palco vacío [...] El público son sombras en la oscuridad. Ilumínalo y esas sombras se convertirán en personas” (p. 46). Esta crítica se fortalece cuando está dirigida al mundo editorial poco profesional e incorrecto, del que es emblemática la figura de un “editor editorial” que publica libros sin haberlos leído, que reduce todo a un negocio, que hace famosos a escritores de poco o ningún valor, y cuya amoralidad parece mitigada cuando se habla de las montañas de manuscritos que llegan a la redacción y que “ninguno habría tenido el tiempo o las ganas de abrir” (p. 48).

En este ambiente podrido, lleno de mentiras, hipocresías, de corrupciones, Ottavio está contagiado del deseo de ser alguien. El ridículo acompaña su metamorfosis en la forma de célebre lector descubierto y difundido por los medios de comunicación. Especialmente desde el momento en que él concede una entrevista a un célebre periodista, Antonio Gnoli, del periódico “Presente”. La entrevista es una especie de engaño que le brinda a Pincio la oportunidad de adentrarse cada vez más en los “libritos” de la memoria, de viajar en los laberintos de una casa biblioteca, de afrontar una serie de temas metaliterarios. Para él, leer, aunque es una actividad solitaria, es siempre un acontecimiento de gran placer, de euforia, casi un éxtasis; una aventura de enriquecimiento del alma, de exploración y de conocimiento, como de complacencia y de sublimación; un continuo escuchar y dialogar con almas gemelas, dado que los escritores que nosotros leemos en un modo u otro son nuestros espejos. Para Pincio leer es un rito sagrado, como lo era para Maquiavelo, quien incluso vestía una indumentaria particular para hacerlo; es mantener vivos los grandes de la historia, y lleva a imitarlos y a reescribirlos con nuevas sensibilidades, visiones y lenguajes. Narrando él mismo a través de los libros leídos ya de joven, Pincio conduce a su personaje lector, aun cuando no es entrevistado, a mencionar o disertar sobre Homero, Dante, Shakespeare, Hofmann, Poe, Dostoyevski, Proust, Joyce, Simenon, Borges, Gadda, Landolfi; en definitiva, construye un homenaje a los escritores preferidos de su inmensa y enfrascadísima casa biblioteca, como ya había hecho en el campo ensayístico en *Hotel a zero stelle*. También en el ámbito de la entrevista Ottavio se revela como un instrumento con el que Pincio se autoanaliza, psicoanaliza su yo dividido y el de los demás.

Siendo el odio de la prole hacia el padre un tema tremendamente difundido en la literatura contemporánea (Pirandello, Joyce, Kafka, Tozzi, Landolfi, etc.), Pincio lleva al Ottavio entrevistado a contar que su pasión por la lectura nace a temprana edad como respuesta a la figura del padre autoritario, inculto, mezquino e irrespetuoso hacia la mujer, la cual, por el contrario, es una amante de la lectura; en cuanto esta muere, el marido tira los libros de ella a la basura, provocando un trauma al hijo. El relato de Ottavio, además de ensombrecer el complejo de Edipo, pone de manifiesto una dramática relación entre padre e hijo:

El padre de Tondi se llamaba también Ottavio y era un hombre de otra pasta, es decir, era un hombre práctico y cínico, para nada inclinado a la lectura, es más, inamoviblemente contrario a la imaginación, a las evasiones de la realidad y, más en general, a cualquier forma de idealismo que la lectura incentive [...] Toleraba a duras penas que la mujer fuera una voraz lectora, y cuando vio que el hijo había cogido más de ella que de él, la intolerancia degeneró en una enfermedad, en odio feroz por el inútil universo de la

literatura [...] Ottavio hijo pudo cultivar su amor solo en la clandestinidad, cada vez que era descubierto sumergiéndose en las páginas de una novela, la furia punitiva de Ottavio padre se precipitaba sobre él. (pp. 59-61)

Algo que es llevado al extremo de lo increíble. Sobre todo con Pincio, que alimenta el inmenso resentimiento y el espíritu de venganza del hijo hacia el padre, la personalidad honesta de uno y la deshonesto del otro. Cuanto más ejerce Ottavio padre su hegemonía, más robustece Ottavio hijo su (resistencia) rebelión hasta tal punto que regala la libertad, incluso la de vivir entre las cuatro paredes de la biblioteca municipal, de realizarse y llevar una vida digna dentro del universo de los libros: esto es exactamente lo que hace Pincio, y se gana la vida trabajando como traductor. Estos indicios también sugieren que *Panorama* es una fábula narcisista [a veces lo subrayan reiteradas acciones y ocurrencias del protagonista: “Hablamos solo de mí, le dijo, o de literatura” (p. 82)], es una parábola construida sobre la materia autobiográfica que el carácter lúdico de la escritura transfigura en varios niveles, gracias también a la fantasmagoría de las imágenes y de las metáforas.

El humorismo pinciano comienza a tomar un rumbo diferente en cuanto se informa de que, por mágica virtud de la entrevista periodística, Ottavio se convierte en una estrella adorada y reverenciada por un vasto público, haciendo lecturas en los teatros de más renombre de la nación, y siempre sostenido por una escenografía particular: “Quién hubiera nunca imaginado que se pudiera ser famoso por una razón tan insignificante; porque se ama leer [...] El éxito no se explica, solo hay que tomar nota de él [...] Había hecho mella en el corazón del público no tanto porque la lectura era su razón de vivir, sino por su entrega a la marginalidad del sillón, a vivir la vida a través de las palabras de los otros” (pp. 66-67). Es una aventura sobre la que Pincio se detiene también para convertirla en una parodia del hombre de hoy que alberga consciente e inconscientemente el sueño del éxito, que quiere distinguirse viviendo en la sociedad de la apariencia, que se muestra muy ridículo en la construcción de esta y aquella forma de ser, o de un determinado estilo de vida. En algunos momentos la parodia pinciana parece ceder a la ironía moral, con Ottavio que es el alma creadora de la “moda” de leer [“leer se convirtió de repente en una moda”(p. 67)], en una sociedad que en vez de culturizarse cultiva cuantiosos vicios y depravaciones, cuantiosos males que arruinan el cuerpo y el alma. Y la autoironía serpentea por toda la representación que se entrega a lo grotesco, a lo absurdo, y casi a un marcado surrealismo: cuando se informa de que los textos “que contienen la etiqueta *Leído por Ottavio Tondi*” ocupan un lugar muy alto en la clasificación y producen mucho dinero a los respectivos editores; cuando se descubre que se agotan enseguida las entradas para el espectáculo de Ottavio lector; cuando se le ve entrar en el escenario con una estatura increíblemente obesa y sin decir ni una palabra, se sumerge en una lectura en “completo silencio. Los únicos ruidos que se oían de vez en cuando fueron los del pasar de las páginas, algún golpe de tos, suspiros. Tondi no dijo nada ni siquiera al terminar la exhibición” (p. 69); cuando se hace expresión emblemática de la sacralidad y de la magia de la lectura, de su fuerza embrujadora y milagrosa; “pensaba que ver a Tondi leer tenía un efecto taumatúrgico” (p. 85). Revelándose un hábil malabarista que se complace con las cartas diegéticas, Pincio se retrata a sí mismo como espectador de estas lecturas suyas: “debo admitir que no he permanecido insensible a la atmósfera que Tondi conseguía crear. Ni siquiera yo sabría definir con exactitud qué experimentaba” (p. 71). Una especie de pastiche pinciano en el que el creador y su criatura se encuentran cara a cara (por ejemplo *La tragedia di un personaggio, Colloqui coi personaggi*).

Si el personaje pirandelliano (por ejemplo *Personaggi*) aparece extraño también porque se presenta quijotesca con un libro bajo el brazo del autor, Ottavio se muestra

excéntrico ya sea porque tiene siempre consigo un libro cuando sale de casa, como si fuera un compañero fiel e inseparable, y que se pone a leer allá donde va: “No eran pocas las veces en las que el libro se quedaba en el bolsillo [...], en caso de tiempo muerto, de una fila en correos, en el banco, en el supermercado [...], tenía algo para leer”(pp. 83-84)⁵; ya porque adopta la filosofía de Borges según la cual los libros que son valiosos no son aquellos que se leen, sino aquellos que se vuelven a leer: “Lo sacó del bolsillo y empezó a leer. Conocía bien aquel libro, tanto que habría podido recitar el principio y muchas otras páginas de memoria” (p. 84); ya sea porque cultiva el hábito de leer totalmente absorto caminando de noche por las calles de Roma. Pero en *Panorama* el proceso de la lectura, como ya se ha sugerido, siempre es una metáfora del proceso de la escritura, sustentada también por la savia de la mimesis. Y como para todas nuestras anomalías, caprichos, y deformaciones profesionales, también para Pincio la lectura-escritura es una especie de enfermedad que puede conducir a situaciones devastadoras tales que no pocos escritores han sido ingresados en clínicas, manicomios o se han suicidado, conduciendo al seno de la locura divina y sabia o de la locura clínica y destructiva. Mezclando la tesis de la lectura que incorpora elementos cervantinos y freudianos, Pincio implica que la lectura (escritura) no es otro que un orgasmo intelectual-espiritual. Son reveladoras las extravagancias de Ottavio, que tiene relaciones con prostitutas, y mientras hacen el amor, en sus momentos más obscenos y sádicos, hace que le lean o él mismo se sumerge en la lectura; y en el punto culminante del amor, una culta prostituta se le revela como una criatura de Poe no ajena a él:

Lo desnudó y le hizo tenderse en la cama [...] se la introdujo en la vagina, abrió el libro y empezó a leer. Él la vio follarlo y leer contemporáneamente, la vio esforzarse por quedarse concentrada en la página mientras el placer aumentaba y cuando le pareció que ella estaba a punto de dejar caer el libro, le agarró los dos muslos y clavó los dedos en su carne, los clavó con fuerza, agarrándola, haciendo que ella sintiera las uñas hasta que entendiese que no debía decaer. Ella apretó los dientes y decayó. La primera vez que le vino dentro de aquella forma, ella le leyó *Ligeia* de Poe en la traducción de Giorgio Manganelli. (p. 86)

En un clima de realismo grotescamente aberrante, se repiten las escenas en las que el placer del amor y el placer de la lectura se entremezclan, se reflejan entre ellos y terminan por ser idénticos. Y Pincio inserta con desenvoltura en estos otros aspectos de su mitología personal. Tanto que Ottavio se convierte en otros, incluso en aquel que ama el mundo americano y es traductor de escritores de lengua inglesa. La intención del autor es, sobre todo, discutir incluso desde una aproximación teórica, sobre sus ideas en cuanto al arte de la traducción, de los problemas lingüísticos y estéticos que esta presenta, de los métodos que pueden ayudar a resolver obstáculos y hacer las elecciones idóneas, y para afirmar que la traducción es siempre el resultado del nivel de lectura que se es capaz de hacer de un texto, lectura que depende de la sensibilidad, de la perspicacia, del bagaje cultural de quien se dispone a llevar a otra lengua una obra determinada y no se elimina la posibilidad de que en este proceso no se puedan realizar milagros de diferente naturaleza: “Tondi dominaba el inglés [...] Tenía muy en cuenta el arte descuidado de los traductores, y ridiculizaba a quien se jactaba de leer en la lengua original con la estúpida convicción de que solo así se apreciaba el alma verdadera de un libro” (p. 109).

⁵ En su novela *Se una notte d'inverno un viaggiatore*, Italo Calvino (1979), hablando de las posiciones ideales elegidas por su personaje lector, revela que él lee casi en todas partes e incluso a caballo (pp. 3-9).

Aquí, como en otros puntos, Pincio demuestra tener poca simpatía por los literatos de profesión: “críticos y estudiosos dignos [...] ya no hay [...], su valor literario es escaso, irrelevante, quizás incluso nulo” (p. 26). En esto se aleja de la idea de un amado escritor suyo, Tommaso Landolfi, que en varios de sus escritos ensayísticos y diarísticos sostiene que la crítica puede ser “creativa” y puede ser muy útil para aclarar y comprender en un autor muchas cosas de su obra, confesando que un ensayo de Giacomo Debenedetti le ha hecho comprender los “defectos” de su drama *Landolfo IV di Benevento*, por no decir de Pirandello, quien se sentía en deuda con el ensayo de Adriano Tilgher por haberlo iluminado sobre el concepto filosófico de “Vida y Forma”.

Además de escribir para periódicos importantes italianos (*La Repubblica*, *Il Corriere della Sera*, *Il manifesto*, etc.), Pincio ha sido siempre un atento lector de la prensa y observador de la forma de actuar de los medios de comunicación. En ciertas novelas suyas, aunque sobre todo en *Cinacittà*, el periodismo desempeña un papel típico; y rescribiendo a su forma, hace poesía de la crónica y traza una imagen negativa de la realidad mediática.

En la novela *Panorama* se representan con otros acentos las críticas despiadadas al periodismo en el universo de los medios de comunicación. Especialmente porque Pincio lo ve como un poder en manos de individuos que no son paladines de la “verdad”, sino magos tejiendo insidias, incorrecciones, absurdecos, o haciendo caer al entrevistado en su “trampa”; en las manos de “personajes siniestros” y sádicos, como la periodista Loretta Buia, que ama sembrar opiniones vacías y desagradables, desmitificar la verdad de las cosas, difamar y destruir la vida de los otros, informar siguiendo la retórica o la desinformación o del *infotainment* o de la repetición: “durante días los periódicos y las televisiones no hablaban de otra cosa” (p. 110). Para Pincio los medios de comunicación conforman sustancialmente una fuerza divulgadora de falsedades, de informaciones altamente coloridas y, por ello, lejanas a la realidad de los hechos: “El periodismo es una forma de narración como tantas otras, se inspira en la vida pero vive de la invención. Lo que quiero suponer es que en el periódico entrevieron algunas posibilidades que ni siquiera el director editorial creía, el gusto perverso cuanto irresistible de buscar un caso de la nada, una noticia de una absoluta falta de hechos” (p. 50). Los medios de comunicación raramente proporcionan noticias útiles y basadas en testimonios, en pruebas apropiadas, en datos precisos y documentales [“cuando la chica milanesa fue agredida y violada porque era culpable de leer un libro en el banco del parque Lambro, la indiferencia continuó. La prensa condenó la violencia, como era lógico que fuera, pero omitió la versión que la chica dio sobre los hechos” (p. 115)], frecuentemente las cubren parcialmente o ignoran los elementos relevantes: “un hombre fue asesinado en el metro. Fue arrollado por un tren que llegaba a la estación Numidio Quadrato. Lo empujó a los andenes otro hombre, que se negó a explicar el gesto. Las personas presentes testimoniaron [...] que la víctima estaba leyendo un libro. También en este caso el detalle de la lectura no tuvo la más mínima importancia en la prensa” (p. 113).

Si bien la prensa es un instrumento para convertir a Ottavio en un personaje famoso, esta, sin embargo, presta la mínima atención a su trágico hecho: “no leyó las palabras de odio que cada día le caían encima, pero le fueron atribuidas [...] El linchamiento siguió durante semanas con la completa indiferencia de la prensa” (pp. 114-115).

La carrera del Ottavio estrella de la lectura se hunde cuando sobre el puente del Tíber ya avanzada la tarde con los ojos pegados en el libro es insultado duramente y golpeado por una banda de jóvenes. El encuentro-enfrentamiento se configura con un procedimiento que en momentos puntuales roza, y en otros acentúa, el *giallo*, lo surreal, el horror, también porque Ottavio para protegerse pone en acción cosas que ha asimilado de los libros: “adoptaba una táctica kafkiana, la táctica del insecto que permanece inmóvil, petrificado ante la amenaza, con la insensata esperanza de que esta siga por su camino como si no

pasara nada” (p. 103). Después de este terrible suceso se encierra aún más en su refugio, su casa [“donde no había pared alguna que no estuviera cubierta de libros” (p. 157)], sentado en el sofá de siempre durante días, leyendo libros de diferentes disciplinas y campos.

Llegando a experimentar inesperadamente una “náusea” de la lectura que le hacía “echar las tripas”, se compra un auto utilitario y, a modo de vagabundo al estilo de Jack Kerouac, se pone en marcha dando vueltas por la ciudad y sus alrededores. Son frecuentes, en todo caso, las visitas a los lugares frecuentados por las prostitutas, en los que se pone a espiar a modo de detective a las chicas que lo cautivan; misteriosamente se le aparece aquella hacia la cual alberga sentimientos sinceros. Cuando un día ve una pareja de rivales caminando por la acera, se pone a imaginar que los asesina. Y si eso, por una parte, es señal del hombre que pierde la razón y toma nota de la distancia de Pincio sobre la irracionalidad de Ottavio, por otra, es señal de la voluntad del autor de convertirlo en un prototipo de la población extravagante de Roma: “como todo romano, sabía desde siempre de su existencia y de sus absurdos, pero solo ahora, pasando del estado de peatón al de automovilista, llegaba a penetrar en los misterios” (p. 123). Dando una vuelta con el auto utilitario, es invadido por *flashbacks* de la vida pasada que hacen que surjan ideas alucinadas e irreales, de la Ligeia espectral a las páginas leídas que se convierten en “entidades fluctuantes, fantasmas de palabras” (p. 126). El estilo expresionista, preponderante en la escritura de Pincio, enuncia, en el preciso momento en el que a Ottavio le cuesta recordar las cosas que tiene que escribir, que la lectura (escritura) es recuerdo, memoria que recupera el tiempo perdido en la acepción de Proust y que es una conciencia de la historia en la acepción de Borges y de Sciascia.

Es precisamente cuando Ottavio se encuentra en un quiosco viajando por los laberintos de la memoria el momento en que se topa con el poeta Mario Esquilino, ya protagonista del relato pinciano *La piega suprema*. El encuentro está basado en la ficción recíproca, del uno que no sabe quién es el otro. Casi enseguida se crea la atmósfera de dos personas en sintonía: beben, se drogan y discuten sobre varios temas. En cierto sentido Esquilino es una reescritura del arquetipo del Virgilio dantesco que ilumina y hace de guía al Ottavio viajero en el infierno de Internet, es decir, de la información⁶. Por ello, se enfatiza que Internet está remplazando la industria editorial tradicional, que los editores de hoy no imprimen “ya nada”, en formato de libro de papel, y que ya no hay un público de lectores. Y paradójicamente se asiste a la metamorfosis de un Ottavio ya no demente amante de los libros (lectura), sino un obsesionado patológico de la red, al que le es particularmente dulce naufragar en el mar del sitio web “Panorama”, adonde sube sus “apuntes” (escritos) pero no sus fotos. Le gusta navegar con una webcam espiando las intimidades de personas lejanas, y no faltan aquellas personas que, en cuanto se encuentran e instauran un diálogo, no dudan en criticarlo y repudiarlo. Quedándose pegado día y noche delante de la pantalla del ordenador, quizás quiere alegorizar otra enfermedad de nuestro tiempo. Pero con este Ottavio metamorfoseado, que da la impresión de ser un Don Quijote postmoderno que aparece en un escenario tragicómico, Pincio se regocija subrayando que se encuentra en un momento histórico de transición, de grandes cambios en todos los aspectos de nuestra vida. Y si cierran las librerías (bibliotecas) como las conocemos hoy no quiere decir que muera la literatura; si ya no hay libros como los conocemos nosotros, no significa que no se puedan encontrar en los nuevos sistemas digitales, en el móvil y en el Ipad, y que los escritores desaparezcan y no escriban más:

⁶ A propósito de este tema véase mi estudio *L’inferno dell’informazione. Il giornalismo nel romanzo postmoderno* (Zangrilli, 2014).

La literatura existía aún, pero en una nueva forma, ya no más en papel, ya no más escrita para ser leída. En cierto sentido había vuelto la oralidad, una oralidad diferente, ya no más hecha de voz y para ser escuchada, pero aún capaz de hablar un lenguaje de sentidos, el verbo del órgano dominante, el órgano de la vista. Las palabras y las cosas que veía transcurrir en Panorama, ¿no eran quizás un relato en continua reconstrucción? En aquel placer angustioso de observar las vidas de los otros no se realizaba quizás su idea de literatura, ¿fisgar y husmear? Y aquellas peleas de insultos, aquel despiadado denigrar, aquella sed de destruir al otro, aquellas crueldades de sabor casi primitivo, ¿no eran quizás una forma de épica, una nueva guerra de Troya? (p. 153)

Gracias a su habilidad para navegar por la web, este Don Quijote postmoderno emprende la búsqueda de su Dulcinea-Ligeia. Recién localizado, el fantasma de Ligeia corresponde solo a medias. No enviándole una foto suya, ella no se ve en la pantalla. Comunica con voz meliflua y circea. Y se dan vida a juegos imaginativos que, además de cargarse de erotismos, ridiculeces, extrañezas, se adensan con nociones literarias reveladoras de un conocimiento profundo, como con el intento del Pincio autor de embellecer el perfil de ciertos escritores predilectos, y de convertir a Ottavio y Ligeia en almas gemelas hasta tal punto que leen de la misma forma, dos caras en una, que es la suya: “No había nada que aquella chica no hubiera leído, ninguna frase de la que no reconociera al instante el autor, y cuanto más daba ella prueba de la inmensidad de sus lecturas, más caía en una excitada languidez” (p. 163). Son juegos que revisten cada vez más de oscuro misterio la Ligeia arquetipo de la literatura, incluso mientras dan lugar entre ella y Ottavio al diálogo confesional, teñido a veces de sarcasmo y orientado al esquema autobiográfico y metaliterario. Se dice que ella le envía una foto extraordinaria: “Tienes razón, eres una chica muy guapa” (p. 169); que ambos aman a la madre y odian al padre: “se ve que cuando no se es amado por el padre uno se refugia en los libros” (p. 167); que uno busca en el otro lo que le faltaba y lo que le falta: Ottavio en ella busca el amor de la mujer de sus sueños y Ligeia busca en él el padre ideal: “podrías ser mi padre” (p. 170). Se encuentran en perfecta armonía cuando se cuentan muchas cosas, incluso los secretos íntimos y pasiones; cuando se intercambian mensajes, opiniones e impresiones acerca de los innumerables libros leídos; cuando se comunican “ideas sobre el mundo, sobre la vida, sobre el amor” (p. 173).

También la intervención de un Pincio cada vez más tenso transcribiendo e interpretando las charlas, las ocurrencias, y los correos electrónicos (mensajes) de sus criaturas, Ottavio y Ligeia, lo sitúa en la línea de la poética postmoderna de la rescritura utilizada por una serie de autores como Sciascia, Bonaviri o Tabucchi. Y cuando Ottavio chateando confiesa a Ligeia su amor, Pincio lleva al culmen su rescritura fantástica de la novela *Ligeia* de Poe. También la Ligeia de Poe simboliza la literatura, ya que escribe poesía y el marido personaje narrador y escritor reproduce en el texto la última poesía escrita por ella poco antes de morir y se muestra similar a Ottavio, también en el sentido de que permanece oscuro al lector comprometido si viaja con la férvida imaginación o con la alucinación de la droga consumida; tanto es la realidad ilusoria y abstracta, inefable y divina, como lo son las formas de cualquier tipo de amor, incluso al del arte: “una tarde Tondi le escribió un mensaje largo en el que, aun no usando nunca la palabra *amor*, en la práctica le decía que la amaba desde siempre [...] Ella le respondió que el amor es [...] como un fuego griego [...], cosas abstractas” (p. 175).

El aspecto lúdico de la rescritura pinciana produce continuamente efectos enigmáticos, grotescos, epifánicos. Como cuando Ottavio descubre, apuntando con la webcam en la biblioteca de la casa californiana de su Ligeia, que tiene todos los libros de Poe y posee “bastantes, en varias ediciones y traducciones”, y descubre que “el objeto de sus tormentos se llama Ligeia, ¿como un relato de Poe? Y qué relato, además. Tondi no podría haberlo

jurado, pero le parecía recordar también que le había confiado a Esquilino qué significaba para él *Ligeia*” (p. 176). O cuando, en fin, sugiere que no se puede ni amar locamente ni odiar a muerte (algo o) una persona inverosímil, irreal, que no existe como Ligeia, y que es una invención de su fantasía y “concebida para que él quedara en ridículo” (p. 182).

Ottavio es un individuo con una personalidad anormal, compleja, capaz de manifestar apasionadas simpatías y antipatías. Es algo que se recalca desde el epílogo de *Panorama*, que, con un procedimiento retrospectivo, reconstruye el desarrollo de la relación de amistad entre Ottavio y el poeta Mario Esquilino, en definitiva, otra faceta del yo de Pincio. La relación se rompe cuando el Ottavio lector aconseja a su editorial que no publique una obra de Esquilino. Y todo se expone con una vena vaga y alusiva. Quizás porque al escritor le interesa poner en evidencia cómo los vínculos afectivos, incluso aquellos felices en el ámbito laboral y profesional, se pueden eclipsar de un momento a otro, pueden ser sofocados por las tergiversaciones y los malos humores, por las envidias y las difamaciones, por los caprichos y las insidias, por los resentimientos y las hostilidades, por muchos sentimientos siniestros que destruyen una vida. Como la de Esquilino, que vive por la poesía y es destruida por Ottavio, que de forma brutal le dice: “Eres solo una mierda de poeta [...] Resultas solo una mierda de poeta. Desde aquel día, nadie vio más a Esquilino. Luego se supo que partió hacia México [...], donde desapareció en circunstancias nunca aclaradas” (p. 181). Una desaparición alegórica del individuo con un carácter poco común, insatisfecho, atormentado, autodestructivo.

En este *dénouement*, desarrollando posteriormente el tablero de los espejos y de los reflejos hechos añicos, Pincio se observa y se explora a través de los espectros fantasmagóricos de Ottavio y de Esquilino. Deja uno para retomar al otro y viceversa. Cuando un misterioso amigo, después de un tiempo considerable, recuerda Pincio de Ottavio, él se pone a buscar, en una renovada atmósfera pirandelliana del metarrelato, a su criatura en sus recuerdos: “volví a pensar en nuestro mundo de un tiempo y en la vida de Ottavio Tondi, en las cosas que he narrado aquí. Nunca nos habíamos visto, pero nuestras existencias estaban profundamente unidas” (p. 188); la busca *online*, pero la página del perfil de Ottavio hace destellar sombras y apariencias evanescentes que se esfuman y se pierden en la nada; la busca en los libros leídos y poseídos por Ottavio que se venden a buen precio en los tenderetes o que terminaron en los contenedores de basura de Roma. Y cuando se enumeran las cosas anheladas por el ánimo del poeta Esquilino, estas se traducen en las figuras de los sueños artísticos de Pincio, aunque no lo haya conocido nunca: “a pesar de que yo vivo desde hace años en el barrio de donde Esquilino tomó su nombre, nunca me lo he encontrado ni he conocido a alguien que lo hubiera conocido” (p. 188); y de los complacientes agridulces de Pincio que vive en la prisión de sus demonios y de sus imaginaciones demoniacas: “me lo imagino poseído, deseoso de dejarse aprisionar por la existencia que iba recitando de memoria y, en estas fantasías mías, me es fácil comprender quién lo vio de verdad, quién lo paragonaba a un animal enjaulado” (p. 190). Retratando este misterioso poeta, se tiene la impresión de que Pincio esté rescribiendo también la biografía de su amado Landolfi, prisionero de sus fantasmas internos, que se mueve de día y de noche como un loco y no es ni conocido ni ha sido visto por sus paisanos de Pico⁷.

En *Panorama* Pincio se muestra un escritor muy sensible. También porque a la representación del mundo de papel intercala, sobrepone, y cuece muchos problemas de la actualidad, de una realidad social a la deriva, decadente y enferma, y con desenvoltura rescribe hechos de la crónica que afectan a la consciencia colectiva, eventos de la vida

⁷ Pincio se ha ocupado varias veces de la vida y obra de Landolfi. Véanse por ejemplo, *Hotel a zero Stelle* (2011, pp. 137-146) y *Considerazioni brevi e personali sul tipo di Landolfi* (2015a, pp. 9-22).

cotidiana que son ignorados o poco tratados por los medios de comunicación, acontecimientos que siguen sucediendo de nuevo ya que no intervienen las fuerzas del orden. Tampoco los políticos están a la altura para hacer funcionar la máquina del Estado, para cambiar las cosas y renovarse ellos mismos aunque sean jóvenes: “la economía se estancaba, la sociedad envejecía, la pobreza aumentaba. La dirección del país había sido reemplazada por caras nuevas, figuras enérgicas y brillantes, es verdad, pero en su proeza moral, en su falta de ideales auténticos, Tondi entreveía igualmente la marca de un precoz marchitamiento” (p. 17).

El padre de Ottavio, contable dueño de un gran estudio de asesoramiento fiscal, defrauda al Estado simbolizando la corrupción que hiere el país, y para no caer en manos de la justicia, cuando es arrestado se suicida en la celda: “nunca se comprendió, o no se quiso comprender, si la cabeza metida en una bolsa de plástico fue una elección suya o un consejo que debió seguir” (p. 77).

Elevando Roma, aun cuando es representada con un marcado realismo, a símbolo de la sociedad italiana y de la aldea global, Pincio en absoluto ve con buenos ojos las nuevas generaciones de jóvenes holgazanes; esos amantes de la buena vida que frecuentan los locales mundanos y se entretienen usando chismes de última tecnología proveedora de la información-comunicación superficial, amantes de vivir la vida como si fuera la fábula de unas grandes vacaciones, hechizados por el estilo de vida de los extranjeros que, provenientes de todo el mundo, invaden la Ciudad Eterna cambiándole la fisonomía e incluso destruyendo su cultura culinaria:

Por lo demás la ciudad ya se había rendido a los nuevos azotes. En todas partes solo locales para los más jóvenes, los que él llamaba “nuevos cabrones”, bares que ya no eran bares a causa de una modernidad pretenciosa y obscena, patética imitación de locales [...] pensados para los turistas [...] en masa, lugares que podrían haber sido restaurantes o cafeterías [...] Un nuevo tipo de humanidad, siempre armada con un dispositivo portátil, en contacto con lo corriente. Personas cuya principal preocupación parecía aquella de tener algo que ver o marcar [...] En sus oídos, la melodía de aquellos aparatos. (pp. 91-92)

Más o menos como en la novela pinciana *Cinacittà*, Roma se convierte en el espacio connotativo de cada tipo de *bullying*, de violencia, de irracionalidad, del cual es emblemático el episodio de Ottavio masacrado por un grupo de jóvenes desequilibrados en el Puente Sisto; y de cada tipo de miseria, de trágica existencia. Como los pobres desgraciados que hacen cualquier cosa por sobrevivir, apañándose de las formas más diversas y viviendo en la calle: “Una familia napolitana, un padre y dos hijos, se había apoderado de un trozo de la acera y de una cabina telefónica sin teléfono. Eran poco más que vagabundos, vendían libros recogidos aquí y allá. Precio fijo, decía un cartel, todo a un euro. En la mayor parte de los casos se trataba de basura, desechos de este tipo, pero se encontraba también mercancía de valor [...] ¿Y los guardias, la gente?, pregunté una vez. ¿Nadie dice nada de vuestro comercio abusivo? Libros, además” (p. 187). Roma es plasmada como el lugar del degrado en todos los sentidos, muy babilónico. No solo porque es sofocada por el tráfico; sino también por que está habitada por “turbas” de chinos y cingaleses e invadida noche y día por las prostitutas de muchas nacionalidades que se venden desnudas por la calle: “Roma es un desagüe infecto, porque hoy, más que nunca, es el barrio de las prostitutas” (p. 127).

Si bien en *Panorama* flota un marcado escepticismo hacia nuestra realidad postmoderna, se cierra con una nota de esperanza de que “un día” las cosas cambiarán para mejor, que la

cultura y, en particular, la del jardín con los libros podrá redimir al hombre perdido en el vacío de las cosas, en el abismo de la apariencia, de la superficialidad, del materialismo, es decir, de la decadencia, y reconducirlo por el buen camino. *Panorama* quiere ser una novela en la que Pincio opera con una rescritura que es creación y repropuesta de viejos cánones en una nueva presentación, en la que sobre el modelo de Cervantes incide el mensaje que en la vida se vive por alguien o por algo. Un algo elevado y utópico que es sobre todo referente de la literatura y del arte en general.

Traducción de Juan Francisco Reyes Montero

Referencias bibliográficas:

- Calvino, I. (1979). *Se una notte d'inverno un viaggiatore*. Turín: Einaudi.
- De Cervantes, M. (1957). *Don Chisciotte della Mancia*. V. Bodini (ed.). Turín: Einaudi.
- Pincio, T. (2011). *Hotel a zero stelle*. Roma-Bari: Laterza.
- (2015). Considerazioni brevi e personali sul tipo di Landolfi. En E. Di Iorio y F. Zangrilli (eds.), *Tre corone postmoderne*, pp. 9-22. Caltanissetta-Roma: Salvatore Sciascia Editore.
 - (2015b). *Panorama: un prologo*. Milán: Enne Enne Editore.
- Pirandello, L. (1973). *Saggi, poesie, scritti vari*. Milán: Mondadori.
- Tabucchi, A. (2011). *Racconti con figure*. Palermo: Sellerio.
- Zangrilli, F. (2011). Putignano e il puzzle della scrittura. *Italian Quarterly*, 48 (187-190), Invierno Primavera, pp. 97-114.
- (2013). *L'oscura foresta. Simboli del fantástico in Landolfi*. Caltanissetta-Roma: Salvatore Sciascia Editore.
 - (2014). *L'inferno dell'informazione. Il giornalismo nel romanzo postmoderno*. Nápoles: Homo Scrivens.
 - (2015a). *Dietro la maschera della scrittura. Antonio Tabucchi*. Florencia: Edizioni Polistampa.
 - (2015b). Mutarelli e i racconti d'esordio. *Letteratura e società*, 17 (1), enero-abril, pp. 27-42.